

## **AUTOBIOGRAFÍA**

**Marisela Naranjo López**

## Extraño

“Extraño tu aliento...” escribiste hace un par de años en tu muro de Facebook. Esa frase gustó a algunos amigos, lo sabes porque así lo señalaron virtualmente con su dedo pulgar hacia arriba, sin embargo, nadie comentó, por lo menos en ese momento. Solo una persona, que en otra red social te expresó: yo creo que todos los que leímos eso pensamos que te referías a él, ¿lo extrañas?

Y el punto no era si lo extrañabas, simplemente que lo escribiste sin pensar en que lo podrían malinterpretar –aunque en realidad no te interesaba— y relacionarlo con una persona. Lo escribiste como un comentario espontáneo, como una frase que te nació mientras estabas sentada en el sillón. Observándolo, quieto, justo frente a ti y tú sin poderlo tocar, cercano y lejano a la vez, habiendo un par de obstáculos entre los dos: tu columna y el tiempo, importantes factores que tienes que ajustar para que ambos puedan sentir su aliento, su sentimiento, sus emociones.

Recuerdas cuando te lo preguntó, si no te referías a él, ¿entonces a quién? En un principio te causó un poco de incomodidad la pregunta, pero decidiste aclararla. Muy sencillo: mi saxofón. El cual ahora está justo frente a ti, observándote cómo escribes, reclamándote un poco de atención; seguramente esperando volver acercarte a ti, apoyarse en tu corazón y sentir como tu aliento fluir a través de él. Sentirse mutuamente.

Estos últimos meses han sido difíciles por la cantidad de trabajo que ha surgido y que has decidido sacar adelante y que esperas pronto se ajuste un nuevo horario que te beneficie aún más, a ti y a este ser que te espera. Pero qué hacer, durante algunos meses no has podido moverlo, has preferido guardar cierta distancia, acercar solo la mirada, por ese problema lumbar que te aqueja desde hace algún tiempo y te impide cargar, hacer movimientos bruscos, brincar... y además cada vez con menos tiempo para convivir y ejecutar.

Mientras el saxofón vive de recuerdos, de cuando los tocabas diariamente y convivían poco más de dos horas diarias. Te queda claro que estarán juntos toda la vida y que habrá tiempo para todo. Recuerdas que alguna vez uno de tus alumnos te preguntó si sabías tejer, ante tu negativa, levantó la voz cuestionando qué harías entonces durante tu vejez, tú sonreíste, y lo involucraste: tocar mi saxofón. Algunos sonrieron conmigo, otros lo creyeron increíble, algunos raro... las reacciones fueron diversas.

El caso es que ahora te espera, te espera ansiosamente y cada que lo observas, lo percibes, te insiste, te pide, pero en el fondo ambos saben que aún no es el momento. Solo queda esperar. Estamos cerca, solo un poco más, mientras, nos esperamos mutuamente: juntos.

## **Huellas**

Y ahora, frente al espejo, observas detrás de ti todas aquellas huellas dejadas a lo largo de la vida: unas más profundas, otras a punto de desvanecerse; pero en conjunto señalan el sendero, lleno de obstáculos y altibajos, por el que has llegado hasta dónde estás.

Siempre emocional, te has dejado llevar por tu intención y tus sentimientos más que por las cuestiones materiales; parece sencillo vivir así, dirán todos cuando escuchan eso en la voz de una joven adolescente, sin embargo, conforme la vida te coloca en vivencias y entredichos se marca esa línea que crece a cada momento entre el sentir y el obtener.

## **Mis raíces**

Ahora te detienes a ver pasar el viento y a pensar un poco, entre muchos recuerdos e ideas, buscas aquella vocecita continua en tu vida, aquel eco que te presente huellas significativas de lo que eres y quieres ser. Está ahí un ser que te une a tus raíces, al pasado y al presente, pero también de alguna manera al futuro: Doña Carolina, tu abuela materna.

Los recuerdos parecen ser precisos en tu memoria: mujer indígena orgullosa de sus canas y sus arrugas, de gran fuerza y sabiduría. La figura de la mujer mexicana ancestral: fuerte, trabajadora, pilar sólido de su familia, invencible. Acompañada de tu familia, la visitabas en Tlaxcala, en la misma casa por la que han pasado ya casi cuatro generaciones, heredada a tu abuelo, de ahí a tus tíos, ahora a tus primos con sus hijos. Aquella casa donde creció tu madre hasta llegar a la Ciudad de México, a los 16 años, sin saber leer ni escribir, para enfrentarse a un caos urbano, quizá menor al actual, pero un infierno para alguien que nunca ha salido de su lugar de origen. Doña Carolina, tu abuela, gran mujer siempre preocupada por todos, dispuesta, amigable y capaz de abastecer de valores a más de diez hijos, un hogar, una familia.

Recuerdos vagos, pero firmes tienes de ella. En tu memoria está su imagen siempre en la actividad, autosuficiente, atenta, llamándote, estirándote un taco, sirviéndote un té, recolectando frutas, moliendo en metate, matando un guajolote, guisando, organizando. Siempre ella, líder de la familia. Ser irremplazable, mujer amada.

Una noche, uno de tus primos avisó que había muerto. Tú tenías solo ocho años. Recuerdas que tu hermano mayor estuvo vomitando toda la noche por la noticia, te dejaron a cargo de él, junto con tus hermanas. Según tu padre había que ser responsable, cumplir, no hay motivo para faltar jamás a la escuela, pero la muerte de la abuela fue causa de una de tus pocas ausencias. Tus padres

decidieron que debíamos asistir todos al sepelio y así fue. Estuviste un rato en los rezos. Veías como llegaba y entraba gente de esa casa para ir a despedir a la abuela.

Al día siguiente, todos los nietos –tú entre ellos— caminaron con flores hasta el panteón. Donde la despidieron, donde le agradecieron todo. Donde lloraron y agradecieron. En ese momento, tu madre, Doña Balbina, supo que quería estar siempre con ella y que el día que falleciera tendría que estar en el mismo lugar, para sentirse acompañada. Y así fue.

## **Ensoñación**

Inevitablemente tus deseos te llevan de aquí para allá. Comenzando con las dificultades económicas que apremiaban a tu familia desde tu infancia, recuerdas la urgencia por tener lo básico indispensable para salir adelante. Sin embargo, siendo la menor de cuatro hijos, todos estudiantes, difícilmente llegaba la atención hasta a ti. Y pocas veces te miraban para comprarte algo nuevo, más bien te tocaba reusar todo lo dejado, hasta el fin.

Uno de los recuerdos que tienes en mente, por allá de principios de los ochenta, es el deseo por un libro, el cual jamás pudieron comprarte por no ser parte de la lista de útiles escolares, la cual, te era surtida a partir de la idea de reciclaje que tus hermanas llevaban a cabo en todo su material de un ciclo académico anterior. De este proceso resultaban cuadernos que te eran útiles hasta finalizar el año escolar. De esa manera no se desperdiciaba material, lo cual te agradaba especialmente, pues ya con las hojas sueltas de diferentes cuadernos, te divertías quitando el espiral y poniendo estambre en su lugar.

En ese contexto, los Reyes Magos para ti no eran proveedores de juguetes o ilusiones, más bien, eran quienes proporcionaban ropa, uniformes y demás cosas

necesarias para la vida diaria. De hecho un día, a tus diez años de edad, simplemente ya no llegaron. Y entonces no hubo más regalos, ni más árbol de navidad... nada. Había que responder a la realidad, que estaba esperando. Una realidad en que había que sobrevivir a toda costa, una realidad que te permitiera seguir hacia enfrente.

Así fue como a los 15 años de edad tuviste el deseo de comenzar a trabajar. No para llenarte de dinero o dejar la escuela, como muchas veces te expresaron tus padres más con intención de control que de preocupación, más bien se trataba de cubrir los gastos básicos de una joven que, si bien le gustaba estudiar, también se divertía saliendo a las calles, conociendo gente, visitando lugares. A pesar de los regaños y las presiones familiares que siempre veían problemas en tu actuar. Descubriste entonces el deseo de estar tranquila por siempre: ser libre, según tú. En ese momento no entendiste del todo qué es la libertad, sin embargo, ahora comprendes que no puede estar tan lejos del respeto, la paciencia y la solidaridad. Ahora te sabes que no has deseado lo mismo que otra persona, no te interesa sentir envidias ni despertarlas. Lo que tú quieres es lo inenvidiable: salud, tranquilidad, independencia... Como si fuera una ley de vida adolescente. Tus deseos están en el terreno de lo intangible, de lo no material.

Aún recuerdas tus noches de niña en que soñabas con viajes volando dentro y fuera de tu recámara, de tu casa y de ti misma. Sentías como el viento vibraba alrededor tuyo y desbarataba cada nudo complicado, aclaraba tu visión y refrescaba tus emociones. Pronto aprendiste. Te diste el gusto de hacer piruetas, de transformarte y ser otra, nunca caíste, siempre lograste mantenerte. Aún ahora, con momentos llenos de escollos, logras mantenerte, no caer, a pesar de todo.

## Destino cronológico

¿Qué quieres ser cuándo crezcas?, pregunta tu padre a las tres hermanas que juegan y ríen por toda la casa. ¡Doctora!, contesta la más grande; ¡maestra!, dice la que le sigue; y ¡gimnasta! gritas tú mientras brincas de un sillón a otro mostrando una rutina que tú misma creaste al ver los juegos olímpicos en la televisión. Tus padres te miran solamente, escuchan callados mientras viven día con día la dificultad económica para sacar adelante a una niña de preescolar, otra de primaria y a ti, que con tres años de edad ya sueñas con imposibles. Por el momento, en esa infancia, creces bajo la mirada de tus padres, entre labores domésticas sencillas y la crianza de pollos y guajolotes.

Tú, una niña flaca y triste, que siempre llora por todo lo que pasa, y que termina ávidamente con los alimentos, tanto los que te tocan por derecho como con los que dejan los demás. Siempre con hambre y con un espacio disponible en el estómago para algo más, cualidad que conservas hasta la actualidad.

Al poco tiempo llegó tu ingreso a las aulas del jardín de niños. Siempre te gustó la talacha escolar, aunque para ello te enfrentaste a la dificultad para convivir con niños de tu edad. Aunque en general, hoy presentas el mismo problema con frecuencia: no eres muy social. Desde niña has vivido en un ambiente desolador, donde tus sentidos te han llevado a percibir diferentes emociones, sentimientos y energías, que bien pueden llevarte a la comprensión o al desengaño.

Sin embargo, había algo en ti algo que nadie había notado. Y era tu simpatía por los libros y la escritura. Sobre todo considerando que no había lecturas en casa, te refugiabas en cualquier periódico, revista y libro de texto que pasaba por tus manos. Aún recuerdas cuando llegaban los libros de texto gratuitos. Apenas en unos meses los habías leído completos y continuabas el ciclo escolar releyéndolos una y otra vez, hasta que llegaran los del siguiente ciclo.

Y, cuando te aquejaba algo, cuando la tristeza te superaba y no sabías qué hacer, tu entorno te percibía como una exageración y un llanto irremediable. El entendimiento era nulo. La comunicación inexistente. Había llegado el momento de escribir. Y luego... Romper lo escrito. Para que no dejar indicio del sentimiento o de la emoción que pudiera causar una burla para los demás.

Aún recuerdas cuando tu padre, con mucho esfuerzo, decidió pagar una suscripción al periódico Novedades. Él había decidido, temporalmente, sustituir La Prensa por este otro. Lo cual agradecías y aprovechabas en la medida de lo posible. Tú lo recibías todas las mañanas. Lo hojeabas. Y leías aquellas partes que más te interesaban. Algunas veces las recortaste y las llevaste a la escuela, pero a nadie le interesaba.

Aunque durante mucho tiempo pensaste que estudiarías Psicología, al ingresar al CCH un gran panorama de opciones se abrió ante ti y sabías, ya a los 15 años, cuál era el camino que querías seguir: la literatura. Fue curioso observarte, todo mundo opinaba que debías cambiar de idea, qué iba a ser de tu futuro. Eso no te llevaría a ningún lado. Malos presagios y caras tristes de todos al enterarse de tu decisión. Pero tú entraste a la facultad, con gran sonrisa: la universidad marcó totalmente tu vida y tu persona.

Poco a poco fuiste comprendiendo que no solo la literatura te resultaba atractiva, sino también la lingüística. Por lo que pensaste en dedicar tu vida al encierro en la lectura, a la revisión de estilo. Pero la vida da muchas vueltas y el tiempo te ha colocado en tu lugar. Ahora no solo lees, también escribes, escuchas, enseñas y continúas sintiendo. Y la gimnasia quedó atrás, con pies chuecos y columna torcida, definitivamente no fuiste creada para eso.

## En ti misma

Un sueño oscuro y tenebroso, entre tinieblas observas una masa que se extiende sobre ti, se expande y te inmoviliza. Tú, aunque despierta, sientes una desesperación consciente de no poder despegar un milímetro de la cama. Con los ojos cerrados, pero despierta, postrada de cuerpo y alma: parálisis de sueño, le llaman. Haces un esfuerzo por abrir los ojos. No es posible, están sellados. Forcejeas dentro de ti, quieres salir y quitarte esa presión. Llevas el esfuerzo al máximo. Pero, lo sabes, sigues exactamente en el mismo lugar. Sigues ahí, inmóvil, reposando.

Las primeras ocasiones que viviste esta experiencia mientras dormías pensaste, ¿qué sucedería si un día ya no despertaras, te quedaras en el trance y nadie supiera que estás enterrada en un sofá-cama y con la puerta cerrada con llave por seguridad nocturna? Difícil de saber. Quizá pasarían días antes de que alguien siquiera te busque. O quizá te llamarían inmediatamente del trabajo al celular, para saber la razón por la cual no has cubierto tus clases ese día. O simplemente nadie te llamaría, creyendo que ese día has decidido no levantarte, lo cual nunca te ha pasado, pero podrían pensarlo, sobre todo, al considerar las pesadas jornadas en las que frecuentemente caes.

Pero qué pasaría... Llegarían a ti. Te verían. Tú, desde dentro gritarías que estás ahí, despierta. Te ignorarían. Que no se confundan, estás bien, vives. Pero todos lo ignorarán, no te mueves, no tienes signos vitales, pero tú estás ahí. ¿Qué se hará contigo? Estás muerta.

Tú, que siempre has sabido que la muerte acecha, omnipresente y omnipotente. Sabes que llegará en cualquier momento y que la recibirás con un abrazo agradeciendo por todo el camino andado y vivido. Pero no quieres quedarte encerrada, no quieres quedarte ahí dentro de ti. Los demás no lo saben.

Has recurrido a lo único que puede ayudarte: la lectura. Has leído acerca del tema. Ahora lo sabes. Les sucede a pocas personas y pocas veces en la vida. Pero a ti, te ha sucedido tantas veces, que has aprendido tanto a vivir como a dormir con ello. Sabes que en cualquier momento despertará tu conciencia, pero no tu cuerpo. Pero el tiempo va acomodando las cosas, has aprendido de ello, se trata de volar, de salir, sin revivir. El cuerpo despertará en cualquier momento.

Ya no más miedo. Ahora lo enfrentas. Tu paciencia ha crecido. Ha mejorado. Solo has pedido una cosa, por seguridad: la muerte llegará, pero que no te entierren, mejor que te incineren y rieguen tus cenizas donde sean libres. No las guarden, no las dejen encerradas: requieren movimiento para vivir.

## **Gracias**

Desde pequeña, tu familia intentó inculcarte los valores católicos: misa cada semana, bautizos, bodas y demás eventos familiares, religiosos y sociales que se transformaban irremediabilmente en fiestas que se arriesgaban de un día para otro. Sin embargo, esto cambio en cuanto tuviste la posibilidad de decidir mínimamente, pues, como cualquier joven adolescente, cuestionaste en su momento esos principios y los dejaste de lado para tomar una forma de creencia propia. Distinta. De esta manera te sentiste satisfecha de alejarte en gran parte de la vida familiar y social. Hasta la fecha no te adaptas con facilidad en una reunión o en una fiesta, prefieres tu individualidad, tu espacio, sin necesidad de acercarte a aglomeraciones o grandes grupos de personas que, más allá de hacerte sentir bien, te agobian un poco. Muchas son las experiencias que has tenido durante tu vida, a juzgar como errores o aciertos por algunas personas, se emiten con ligereza juicios que en realidad no tomas en cuenta. Pero trabajas en ti y tu ser y tu espacio, lo que te

permite meditar, escucharte, sentirte, leerte, vivirte; y salir airosa de muchas vivencias no siempre agradables.

Hasta hace poco mantuviste una relación alejada de tu familia, a partir de la muerte de tu madre has reaparecido y tomado como bandera el desconocimiento de lo sucedido durante años de ausencia. Ahora, has resuelto manejarte bajo un régimen de respeto y amistad que ha funcionado muy bien. Nadie sabe qué ha sido de ti, pero de repente ahí estás, y todos te sonrían pues nunca te has involucrado con ellos bajo comentarios desagradables ni incómodos. Y ahí estás tú... visitándolos de repente y agradeciendo que te hayan recibido de buena fe, siendo que no han sabido de ti durante años.

A pesar de esta lejanía de la vida social y familiar, cuentas con amigos de toda la vida a quienes les agradeces su presencia en tu vida desde hace más de 20 años, tiempo durante el cual ha pasado de todo un poco: has caminado y llorado de su mano, escuchado y vivido las historias más increíbles e inverosímiles, por lo que sonrías mientras conviven esporádicamente algunos fines de semana en reuniones nocturnas un tanto aceleradas por el alcohol, el cigarro, la música, las bromas simples y los recuerdos, reuniones que los desconocidos odian, pero que a ustedes divierten y que ayudan a ampliar el largo historial de anécdotas poco creíbles.

Ese es tu entorno. Todo aunado a un salón de clases que te recibe diariamente con 40 o 50 alumnos, a quienes agradeces que te esperen para escuchar algo que tú puedes compartirles. Pues, pudiendo estar en cualquier otro lugar, están contigo en un salón esperando algo que tú puedes enseñarles.

Esa es tu realidad y tu forma de ser. Expresar agradecimiento por todo: por lo que hay y por lo que no hay. Te lo exige el espíritu cada día y cada noche. Observar tu entorno, vivirlo y agradecerlo: respetarlo. Hecho por hecho, cosechando cada vivencia.

## Principio y fin

A diferencia de los quince ejercicios redactados a lo largo del camino, considero conveniente escribir ahora en primera persona. Ya no como alguien más, si no que ahora me identifico como la narradora del texto y la protagonista de la historia. Sin embargo, quiero destacar que durante este viaje autobiográfico me ha sido útil hablar de mí, desde fuera, alejarme un poco y ser observadora de mí misma, y de esa manera narrar algunos de los principales pasajes en mi vida.

Desde el primer ejercicio, este taller se convirtió en un paseo vivencial que me permitió recordar anécdotas y acontecimientos en muchos casos alejados temporal o emocionalmente, por lo que fue necesario crear una estrategia: atraparlos por un momento para entonces apreciarlos y aterrizarlos, reconocerlos y sentirlos; escribirlos y reescribirlos intentando que fueran claros y fieles a la realidad y al sentimiento. Todo ello ha tenido un efecto positivo por varias razones, por un lado, comenzar nuevamente a escribir, pues era una actividad que había dejado de lado desde hace algunos años y que me costaba trabajo reiniciar. Por otro, he podido disfrutar de momentos hermosos del pasado como fue volver a hablar de mi abuela, gran mujer en mi vida; y además revalorar mi entorno.

Ahora, que me encuentro en el ejercicio 16, a punto de cerrar este ciclo, después de varias pausas durante el camino, considero que me encuentro en un punto que me permitirá avanzar. Sé que debo continuar. Y ya he comenzado. Llena de cursos docentes, puedo decir que hace mucho que no concluía algo que hubiera disfrutado tanto y que me permitiera de alguna manera redescubrir algunos aspectos que quiero desarrollar en mí. Ahora en camino de hacerlo.

Mi punto de llegada es una continua búsqueda: crecer en mi trayectoria profesional como docente, crear un poco más desde la hoja de papel, dar vida a mi aliento a través del saxofón y la flauta que me demandan a cada momento, y reafirmar lo positivo que está presente como un grupo de amigos de toda la vida,

que están a mi lado y con quienes hemos planeado un futuro lejano, una vejez envuelta en soledad y alegría, conviviendo entre nosotros haciendo lo que nos guste y convenga a cada uno.